

## La moral independiente de toda religión dogmática

Ninguna cuestión filosófica ha sido objeto de más controversias que la de la moral independiente; ninguna ha tenido un interés más popular y ha parecido á unos más fecunda y á otros más amenazadora. Las fórmulas no se han determinado de una manera precisa, se las ha discutido con encarnizamiento y la violencia los ataques como el calor de las adhesiones confirman su importancia. Amigos y enemigos no se engañan. La moral independiente es, en efecto, el resultado de la larga lucha que después de tantos siglos, proclama de una parte la emancipación y de otra el servilismo del espíritu humano, y á este respecto merece todas las simpatías y odios que se ha acarreado. La anarquía de los espíritus es universal. Ninguna teoría general los une, ninguna fe común, ninguna unidad en las aspiraciones, ni en los deseos, ni en las esperanzas. De una parte vemos los prejuicios de la vieja sociedad, fundados en la tradición que constituyen toda la serie de abusos y privilegios con la serie de principios teológicos, colocando la autoridad humana bajo la autoridad divina y reduciendo la moralidad á la obediencia. Por otra parte vemos á las nuevas generaciones proclamando el derecho del hombre y transformando en su nombre todas las instituciones antiguas y después de haber triunfado, incapaces para sostener la victoria, permiten que sus rivales les arranquen el premio. El resultado de esta larga lucha ha sido la confusión de todos los principios, la anarquía de todos los hechos. Para salir de esta situación híbrida que solo puede satisfacer á los espíritus desfallecientes, es necesario asentar á la moral sobre sus propias bases y demostrar á los hombres que si bien están separado por funestas divisiones, al menos la moral puede ofrecerles un punto de cita común á donde todos deben acudir y refugiarse. Es preciso, pues, de algún modo separarla de todo lo que no es ella, para unirla en seguida á lo que debe prestarle su apoyo. La moral es independiente, se dice por todas partes. Pero independiente de qué? Los unos aceptan que es independiente de la religión, los otros la consideran independiente de la metafísica y de la religión, los otros van más lejos aún y la consideran independiente del hombre; pero este es un aislamiento ficticio. La moral es independiente de las ciencias positivas como de las filosofías trascendentales, pero ella no está completamente aislada. Su independencia ó, mejor dicho,

su autonomía, consiste en la naturaleza de los hechos primitivos que la constituyen, hechos irreductibles y exclusivamente humanos, pero inseparables del medio donde se producen. El primer punto sobre el cual insisten los partidarios de la moral independiente es la separación de la moral y de la teología tan enérgicamente reclamada por Proudhon. Sobre este punto, la argumentación es concluyente. Las religiones han hecho descender la moral del cielo como los indios hacen descender del cielo el Ganges. Las teorías que subordinan la moral á la teología buscan la ley de la conciencia fuera de la conciencia misma. ¿Es necesario, dice Ferraz, conocer la existencia de Dios y su naturaleza para saber que el bien debe ser hecho y el mal evitado?—De ninguna manera.—El bien se nos presenta como por sí mismo, á consecuencia de la naturaleza de las cosas; no en virtud de un decreto arbitrario, de una decisión expresa de la Divinidad. La moral teológica está en oposición radical, lo mismo con la moral histórica que con la filosófica. Fúndase en la tradición, en la verdad considerada como donación en cierto modo, en el ideal conceptuado como algo revelado históricamente. No hay duda que bajo este título pertenece á la moral histórica. Sin embargo, la moral teológica no reconoce el método de investigación científica en que se apoya; débese, según ella, á una intervención de fuerzas sobrenaturales inexplicables por las leyes físicas, psicológicas y sociales. A falta de la conciencia ellos invocan la fe. Hamilton y sus discípulos declaran que si nosotros no podemos conocer los atributos de Dios tenemos sin embargo el deber de creer que él tiene tales atributos. Pero esta tesis es insostenible. Se puede responder con Spencer: «El deber no exige de nosotros ni la afirmación, ni la negación de lo que sabemos».

La moral teológica parécese á la filosófica en que como ésta, contituye una apreciación de las acciones y de las formas de vida históricamente dadas. No emprende, sin embargo, esta apreciación con arreglo á principios cuyo origen sería asignable á la naturaleza humana. No toma su punto de partida en esa naturaleza sino por encima de ella, en la revelación sobrenatural de un ideal. Descansa sobre el principio absoluto de autoridad. Autoridad significa prestigio y este es capaz de manifestarse de maneras muy diversas. Puede fundarse en la fuerza física y obrar por el temor que inspire. Puede fundarse en la superioridad de la inteligencia y de la virtud y tener acción, porque presentan á los demás un modelo que admiran y se esfuerzan en imitar. Puede fundarse en la facultad y en la voluntad de dar ayuda y protección de manera que obre produciendo no solo la admiración y el temor sino excitando también el reconocimiento, la confianza y el amor. La vida humana no puede prescindir de esta clase de autoridades. La generación presente sirve de educatriz y de modelo á la que sigue. Los padres son las autoridades de los niños; los maestros de los escolares, en todas partes, el que está más avanzado es una autoridad para aquel que recién se inicia en su carrera. La relación de autoridad es un elemento importante de la moralidad positiva. Los hombres siguen involuntariamente lo que les parece grande y elevado, y para eso no hay

necesidad de mandatos especiales. El instinto de imitación y la costumbre les inducen á seguir aún lo insignificante y sin trascendencia cuando esto obra por el poder de la repetición y hay precedentes. Pero la cuestión más considerable que agita la vida humana es esta: ¿Qué es lo bueno y qué es lo malo? y ¿habrá alguna más fuerte que la voluntad de un ser todopoderoso? Si puede hacerse llamamiento á semejante voluntad, es del todo necesario que cesen las discusiones y que los acentos vocingleros de la duda, se callen ante la autoridad incondicional. El bien es entonces el que se confunde con la voluntad de Dios y es bien tan solo, por esta razón única. Platón ya se ve obligado á combatir esta doctrina, pero su fórmula completa la halló Scott á fines de la Edad Media. Este autor llegó hasta el punto de afirmar que el homicidio no sería un pecado si Dios lo hubiese prescripto. Bajo esta forma extrema pocos consentirían sin duda, en profesar tal doctrina y no obstante, todo punto de vista teológico se acerca á ella en algún modo. El principio de autoridad incondicional lo implican el dogma de la infalibilidad del Papa y la fe literal de la ortodoxia protestante. La palabra viviente del jefe supremo de la Iglesia ó la palabra escrita de los libros transmitidos por la Iglesia, dan á conocer el bien y el mal en virtud de la voluntad de Dios y aquellos á quienes esa palabra se dirige, no han de hacer más que recogerla y someterse á ella obedientemente y sin reserva. Pero estos principios llevan consigo contradicciones internas é insuperables dificultades. En primer lugar ¿cómo saber que tal cosa es voluntad de Dios? Dos respuestas son posibles: ó es la conciencia moral la que posee la existencia, los atributos y las voluntades de Dios, y entonces el círculo vicioso es inmediato ó es una revelación exterior y el círculo puede estar más alejado, pero no es inevitable. ¿Cómo, en efecto, saber que una revelación ha tenido lugar? Históricamente se dirá. Pero aún admitiendo esto, ¿cómo reconocer si ella ha sido divina y no por ejemplo, diabólica? De consiguiente, la creencia en la cual se funda la moral teológica, se convertirá lógicamente en la creencia de la Iglesia guardiana de la revelación y de la tradición religiosa. La Iglesia garantiza que su jefe supremo es el sucesor legítimo de su fundador ó que los libros bíblicos contienen la verdadera revelación. Por esto el dogma católico de la infalibilidad, es el confín lógico de la moral teológica. Si pretendo, al contrario, conocer la voluntad divina por medio de una experiencia inmediata, debo por obligación atenerme al testimonio del espíritu en mi fuero interior; pero, ¿cómo distinguir de un modo preciso entre la voz divina y los sentimientos y las ideas que me son propias? ¿Qué regla se deberá aplicar para establecer una línea de demarcación entre lo que es divino y lo que es humano? Perdemos entonces aquella solidez absoluta que precisamente debía ser la gran ventaja del principio de autoridad.

De la teología pasamos á la psicología. Se dice que si nos asimos al principio de autoridad es precisamente porque experimentamos necesidad de ello. Nuestra debilidad é incertidumbre son las que nos echan en brazos de la autoridad incondicional.

Pero insistir en esa necesidad, como ya dije, equivale á trasladar la cuestión del dominio teológico al de la psicología. No es entonces la misma autoridad sino la necesidad que de ella experimentamos la que se convierte en verdadera base. Pero ¿cómo distinguir entre nuestros múltiples deseos y necesidades, lo que conviene satisfacer para portarse bien y lo que es necesario reprimir? Hacer un llamamiento á la autoridad para resolver esta cuestión es dar vueltas en un círculo vicioso. Así, los teólogos consecuentes, han comprendido bien, que desde el punto de vista del principio de autoridad no puede haber cuestión de bien ni de mal en lo que á la Divinidad se refiere. Dios no puede tener conciencia moral ni deber. Toda trasposición de ideas morales del hombre á Dios lleva á contradicciones y el fin verdadero consiste en limitarse á hacer llamamiento á la voluntad divina é inclinarse humildemente ante ella. Sin esto se abandonaría el principio teológico. Es la religión que en sus creencias y en sus prescripciones se deriva de la moral y no la moral de la religión. En su esencia, la religión no es sino una moral simbólica protegida por el hombre. El hombre se imagina que su moralidad está contenida y englobada en su religión. Se puede comparar esta ilusión intelectual á la ilusión sensible que nos producen las teorías de algunos psicólogos alemanes para los cuales nuestra cabeza es inmensa y contiene todas las relaciones de estrellas á estrellas, de mundos á mundos, éstos infinitamente pequeños, perdidos en lo infinitamente grande; nosotros nos creemos con Pascal absorbidos en la inmensidad del cosmos; es todo lo contrario, el cosmos es lo que está contenido en nuestro pensamiento. Esta paradoja es una verdad para las relaciones de la moral y la religión; el cielo que colocamos sobre nosotros está en nosotros, en nuestra conciencia y Dios es nuestro ideal interior que imponemos al Universo. La moral religiosa nos viene de esferas superiores á la vida y nos es enseñada como decretos. Pero la crítica nos demuestra de una parte, que las reclamaciones como las creencias no demostradas, se originan en el sentimiento individual y de otra, las ideas absolutas como formas subjetivas de nuestra propia razón. El edificio de las viejas creencias se ha desplomado, pero la cuestión de la moral ha quedado entera y busca solución nueva. Dónde la encontrará? El cielo está cerrado sobre su cabeza y la ciencia, abriéndole los infinitos del mundo material, ha destruído las regiones etéreas donde la república de las almas encuentra la ley de una espiritualidad misteriosa. El hombre vuelve sus ojos hacia la tierra y pide á las ciencias de la naturaleza la solución del problema. Pero estas ciencias no le responden. Los fenómenos exteriores y todas las deducciones que de ellos se derivan, son completamente extrañas á la idea moral. La moral, en efecto, no reside ni en las especulaciones ilusorias de trascendencia ni en el orden exterior de fenómenos físicos: reside en el hombre. Que el hombre se reconcentre en sí mismo, que se abstraiga, que se estudie y en el silencio y en la inmovilidad de la vida exterior, una nueva escena de actividad se abrirá ante él. Los mo-

vimientos que la agitan, las fuerzas que la atraen, la razón que la determina, son otros tantos objetos de análisis.

La moral, según Vacherot y según Cournot, dos autoridades en filosofía y en ciencias, es una ciencia subjetiva; en efecto, la observación exterior nos dará la apariencia ó superficie del hombre y de la vida, pero no nos dará ni el hombre ni la vida misma porque debajo de las apariencias residen las verdaderas realidades. Bajo los hechos visibles y palpables habitan las voluntades invisibles, impasibles, las espontaneidades contenidas, las intenciones que no se realizarán, los cálculos inconfesables. Bajo los hechos visibles reside la conciencia de la libertad, la responsabilidad que de ella se deriva, el derecho y el deber que la constituye, la concepción de la virtud perfecta, las aspiraciones de la justicia ideal, todos los elementos de la vida moral. Las combinaciones con los elementos de la vida física pueden solo darnos cuenta de las luchas interiores de la conciencia. Solamente descendiendo hasta nosotros por la observación subjetiva, buscando los fenómenos en su fuente, es que la verdad moral podrá aparecer en su plenitud. Lo que, en origen ha dado nacimiento á la moral filosófica y lo que aún hace que excite siempre nuevo interés, es la convicción de que la razón postrera de la moralidad debe hallarse en la misma naturaleza. El criterio de todo lo que el hombre está obligado á reconocer por verdadero y por bueno, por bello y por grande, en definitiva, debe residir en el mismo. Los principios de toda comprensión y de toda apreciación, de toda actividad teórica y práctica, deben hallarse en su fuero interior. Por alto que los ideales remonten por encima de él, sea cual fuere la fuerza con que se manifiesta á su conciencia, la majestad de la ley, los ideales no son tales para él sino porque los reconoce libremente y les concede su adhesión en virtud de su naturaleza. Por eso, Sócrates con su máxima « Conócete á tí mismo » fué el verdadero fundador de la moral. Así estableció en efecto el principio de la personalidad, el principio de la libre investigación, al mismo tiempo que el de la libre conciencia. Este principio se opone á la ciega obediencia erigida en estado permanente; por ésta nos despojamos de nuestra libre personalidad para transformarnos en máquina personal.

Los juicios morales contienen una apreciación de las cuestiones humanas. Cuando á una acción la llamamos buena ó mala, no explicamos con eso cómo se produjo, pero expresamos el valor que posee á nuestros ojos. Toda apreciación de éste género supone de una parte que existe una necesidad, un sentimiento que nos impulsa á juzgar el acto y de otra parte, que poseemos una regla, un ideal con los cuales confrontamos el acto y con arreglo á ellos se le juzga. Estos sentimientos y tendencias que se abren paso y se expresan por los juicios morales constituyen la base de la moral. Los juicios morales, sin embargo, se formulan muy á menudo sin que se tenga clara y precisa conciencia de los principios que suponen. Tanto la psicología como la moral clásica dejaban á un lado los fenómenos inconscientes del espíritu. Pero la moral debe buscar un resorte de acción que pueda jugar á la vez en las dos esferas y mover á la vez

en nosotros al autómatas y al ser sensible. El objeto de la moral es el de comprobar cómo la acción producida por el solo esfuerzo de la vida, parte sin cesar del fondo inconsciente del ser para entrar en el dominio de la conciencia, y cómo la acción puede encontrarse rechazada en este medio nuevo y á menudo suspendida, por ejemplo, cuando hay lucha entre el instinto y tal ó cual creencia racional. No sólo se aducen juicios morales, juicios acerca del bien y del mal, antes del despertar del pensamiento propiamente dicho y de la investigación científica, sino que es necesario que broten continuamente juicios morales de un vivo sentimiento que no nos permitan ningún reposo hasta que hayamos dado á conocer nuestro pensamiento. No debemos buscar lejos tras penosa meditación los principios más importantes de nuestras resoluciones sino que por el contrario, la decisión surja, de aquello que se ha convertido en carne y sangre nuestra. Por los juicios morales damos á conocer nuestra personalidad; necesario es pues, que estén determinados por la totalidad de nuestra naturaleza y no tan sólo por los raciocinios que podemos formular en horas de ocio. Por otra parte, la vida no siempre nos deja tiempo de meditar; al contrario, con frecuencia exige la manifestación instantánea del juicio. Y aún cuando tengamos tiempo y facultad de meditar ¿por ventura entonces nuestros sentimientos y tendencias dejarán de ser bastante fuertes para determinar nuestro pensamiento por entero, sin que lo advirtamos, en lugar de ser dirigidos por él? ¿Acaso no es un prejuicio vigorosamente atacado por la psicología creer que la razón debe ejercer en nosotros soberana autoridad, y no se ha visto muy á menudo que un aparente decreto de la razón solo es en realidad la expresión de una necesidad del alma? Es posible que en lógica y en matemáticas la razón pura hable en nuestros juicios; pero su voz es harto débil cuando se trata de lo más concreto y personal que hay en nosotros, esto es, las acciones humanas. Además la reflexión tiene siempre cierta influencia disolvente; nos arrebatada aquella seguridad é indolencia instintiva con las cuales hacemos nuestra entrada en la vida y aún cuando no nos paralice con las dudas que suscita, debilita nuestra fuerza. Entonces ya no obramos con toda nuestra energía y no expresamos ya nuestros juicios con la misma seguridad é ingenuidad y hasta es posible que concluya por inducirnos á suspender nuestro juicio porque nos parece imposible llegar á una decisión segura. La dificultad aumenta todavía si llevamos nuestras miradas más allá del individuo. Los sentimientos y las tendencias de éste, las determinan la naturaleza, las condiciones vitales y las tradiciones de la especie entera.

El individuo particularmente recibe algunas de sus facultades, algunos de sus instintos mas eficaces como legado de la especie. Más tarde su desarrollo y su educación le conducen como miembro de una familia, de una raza y de un estado, á cierta atmósfera mental, mientras que se presentan á él hábitos de vida, ideas, impulsiones y deberes que recibe involuntariamente sin poder hacerlos objeto de sus reflexiones ni de su elección. Como ha salido del seno materno de la especie, bebe también las tradiciones con

la materna leche. Su manera de proceder, de pensar, de sentir, es una herencia inconsciente de las generaciones anteriores. Los instintos y las tradiciones de la raza, la imitación y el ejercicio involuntarios constituyen en el individuo el fundamento de la moral, antes de que pueda intervenir su meditación consciente. Sin que pretenda dirigir su voluntad por determinadas vías, su orientación inconsciente determina los intereses y las fuerzas de su vida, que á su vez determinan sus juicios sobre el bien y el mal. Las virtudes nacen como dice Jacobi, antes de que se les asigne nombre y se les erija mandamientos, pues en los juicios morales, en las vigorosas manifestaciones afectivas por las cuales se formula una apreciación del valor de las humanas acciones, no sólo tenemos la expresión del pensamiento del individuo particular, sino que por él se revela como resultado de las experiencias de la especie. El individuo no hace para sí propio su moral, no la inventa, no la construye en absoluto, desde el comienzo y sin embargo, sólo por aquí adquiere todo su poderío. La moral que vive en la especie es una condición de la salud y de la fuerza de la vida humana. Aquel que gracias á su reflexión y á su crítica pretende disolver lo que la naturaleza ha combinado no sólo ha de vencer una enorme resistencia sino que también debe saber lo que hace, á fin de no ir á parar á un laberinto inexplicable en el que también podrían extraviarse cuantos le siguiesen. Esta moral real y activa de la vida se ha llamado moral positiva. Vésela en los juicios y en los principios corrientes que á menudo revisten la forma de proverbios y pueden ser, ora manifestaciones duraderas de la sabiduría práctica de una nación, de una raza, de una comunidad religiosa, ora, tener una existencia más corta constituyendo la opinión pública de un siglo ó de una época. Esa moral aparece igualmente en los modelos vivos (fundadores de las religiones, héroes, legisladores, etc.) hacia los cuales una generación ó varias sucesivamente dirigen sus miradas, considerándolos como la más elevada expresión de la humanidad. La legislación positiva contiene siempre cierta parte de la moralidad positiva. Todas las formas de esta moralidad tienen de común que los actos que la contradicen provocan una reacción de parte de la sociedad. La moralidad positiva forma el cauce por donde pasa el torrente de la vida humana, cauce más hondo cada vez, pues continúa por él su curso hasta que nuevos canales ó los reflujos de la corriente se lo impiden. Pero, ¿será posible intervenir aquí con el pensamiento consciente? Y en este caso ¿no resultará de ello un sensible debilitamiento de la fuerza que arrastra el torrente?

Al admitirse que la salud y la fuerza son mejores que la debilidad y la dolencia, se ha sentado ya un principio de apreciación. Nacerá entonces la cuestión de saber si la moralidad positiva satisface en realidad y en todos casos las exigencias de este principio. Las experiencias y las situaciones nuevas plantean problemas que no pueden resolverse por medio de la moral tradicional ó bien se busca orden en la gran diversidad de los juicios morales que cada uno lleva consigo, para distinguir lo que es importante de lo que lo es menos. No hay duda de que los juicios morales son en su origen impresiones

involuntarias del sentimiento y acerca de ellos no cabe discusión; pero sí puede haberlas sobre el valor de las ideas á las cuales están ligados los sentimientos y sobre la de los actos á que conducen. El instinto es inconsciente en las especies y se vuelve consciente en el hombre gracias á la reflexión. La razón no es un principio de acción, su función se reduce á iluminar el campo de la actividad humana.

Hace tiempo que la distinción ha sido hecha. No se triunfa de una pasión sino por una pasión más fuerte. Sin embargo, la razón no es un auxiliar del todo inútil puesto que ella nos muestra los efectos de nuestros actos. No es porque la madre razone que prodiga á su hijo su leche, sus ternuras y sus cuidados infinitos y que lo cría al calor de su amor maternal. Su razón puede iluminarla sobre su misión pero ella no podrá inspirarle y darle la fuerza heroica para cumplirla. Del mismo modo no es porque el hombre comprenda la justicia que la practica, es porque en él recibe de ese vivo sentimiento, en el fondo de su corazón. No es porque el hombre razone sobre lo bello que lo admira sino porque lleva en su alma la facultad de sentirlo y amarlo.

El amor á la justicia, á la verdad y á lo bello constituyen pasiones tan positivas como la maternidad y otros tantos sentimientos. La razón impersonal, soberana, inflexible cayendo de arriba como la luz, no puede tener otro objeto que el de iluminar el camino del hombre.

De ahí que la moral científica no pretenda sustituirse á la moralidad positiva ni le sería tampoco posible. No aspira más que á ser firme puntal de ella, desarrollarla y completarla. En esta moral buscamos solamente comprendernos á nosotros mismos, ver claramente con arreglo á qué principios conducimos nuestra vida y poner esos principios más á la luz y en armonía más íntima entre sí. En la vida del humano espíritu se produce una acción incesante entre lo consciente y lo inconsciente, como por otra parte entre el conocimiento, el sentimiento y la voluntad. Las adquisiciones hechas en un dominio del espíritu, pueden aprovechar á los demás. Esta moral puede imponerse dos tareas. Puede ser ya histórica ya filosófica. La primera busca exponer la moralidad positiva tal como se presenta en una época determinada, en un pueblo determinado; también mostrar qué evolución experimenta en diferentes circunstancias y comparar las diversas formas que puede tomar en diferentes épocas y en distintos pueblos. Anhela descubrir las causas de esas varias etapas y de esas múltiples formas de la evolución en circunstancias físicas, psicológicas é históricas determinadas. La moral filosófica no tiene por objeto la descripción y la explicación de los fenómenos morales sino su apreciación. Lo que históricamente se ha desarrollado no por eso está justificado de una manera moral. Podemos comprender cómo la moral positiva ha evolucionado hasta la forma que en nuestros tiempos ha tomado y condenarla por lo mismo más ó menos duramente. Pero si bien es cierto que la moral histórica y la filosófica consideradas bajo este punto de vista, tienen cierto carácter muy diferente, es difícil por otra parte separarlas una de otra de un modo violento. El moralista historiador no podrá prescindir de ciertos postulados morales que ejercerán influencia en la claridad de criterio bajo la cual considerará el pasado. El moralista filósofo será

naturalmente siempre hijo de su tiempo y de su país y la moral positiva que reina en estos ejercerá de varios modos su influencia en los resultados á que llegará. En la moral de Kant, por ejemplo, se advierte claramente que el que la concibe es un alemán que se ha educado bajo la influencia del pietismo y que su edad madura coincidió con la época del racionalismo.

*Progresos de la moral en la historia.*—Si la moral se aproxima á las matemáticas por su naturaleza subjetiva, no lo hace por la naturaleza de sus progresos en la historia, que se operan por la juxtaposición de verdades y no por la revolución de teorías. Habitados como estamos á considerar la moral como indisolublemente unida á la religión, hemos creído durante largo tiempo que el cristianismo había operado una revolución en la conciencia como en la fe y que nuestras ideas actuales respecto al bien y al mal eran en extremo opuestas á las de los antiguos. Los predicadores representaron al paganismo como la religión del placer y de los sentidos. Nos demuestran los vicios de la decadencia griega y las orgías del Imperio como sus consecuencias inmediatas y se dice que antes de la venida de Cristo no se había predicado en el mundo sino las pasiones vergonzosas, los juegos desenfrenados, el egoísmo, la crueldad y el abandono de sí mismo. Esta teoría tenía por objeto justificar la divinidad de origen atribuido al Cristianismo, puesto que en un medio en el que predominaba el desbordamiento de la vida animal, el triunfo de una religión que venía á despertar la conciencia y el espíritu, volviendo á la razón su imperio, no se podía explicar sino por milagro. Pero hay un conocimiento más profundo y desinteresado, pues la antigüedad ha transformado nuestro punto de vista sobre esta civilización y estos razonamientos de ignorancia y de fe ciega han caído en desuso. Hoy sabemos que los excesos, los vicios no dependen de una religión particular, pues las cortes de nuestros reyes cristianos no tienen gran cosa que enseñar á la de los césares y de otro punto sabemos que la ciencia y la moral pueden ser constituidas independientemente de la religión y si estudiamos su curso en la historia, encontraremos que nuestra tesis se basa más directamente en la antigüedad que en la Edad Media. En la antigüedad, en efecto, la religión no tenía carácter universal y no pretendió jamás unir la moral al dogma. No había dogma en el paganismo, hablando propiamente; había leyendas mezcladas á la historia del país que constituían la tradición. La moral entre los antiguos comienza por ser tradicional y popular y se desarrolla de una manera puramente empírica; después se vuelve filosófica, pero jamás religiosa. La India tuvo su decálogo. Las leyes de Manú recomiendan la resignación; devolver bien por mal; la temperancia, la probidad, la pureza, la represión de los malos impulsos, etc., y prohíben la violencia, el intento de perjudicar en secreto, etc., etc. Los indios no son el solo pueblo de Oriente que ha concebido un alto ideal de la vida humana. Los persas, los egipcios han tenido también su moral. La religión de Zoroastro estaba fundada en la distinción del bien y del mal. Entre las escuelas de moral particularmente brillantes y que han trazado un surco en la historia, merece citarse la escuela china de Confu-

cio. Confucio afirma que hay una ley del deber que puede definirse, como Kant, diciendo que ella «es por sí misma la ley del deber». En lo que se refiere á la moral práctica estimaba que las virtudes morales son superiores á las prácticas religiosas. Las leyes rituales, decía, son secundarias. Se le preguntaba un día cuál era la virtud esencial, y el filósofo respondió: amar á los hombres. Mencio, discípulo de Confucio, afirmaba la universalidad de la moral cuando decía: «Hay un mismo corazón en todos los hombres, como hay un mismo sentido para los colores; siendo común al corazón de todos hombres la equidad».

En Grecia encontramos las primeras fórmulas esparcidas en los viejos poetas que le dieron un color épico y un carácter sagrado: Hesiodo y Homero con las bellezas de la Iliada, las glorias de esta tierra privilegiada; los mortales y los dioses viven en una intimidad mezclando á sus cantos heroicos reglas de conducta, consejos, instrucciones familiares, y los sabios más famosos desde Thales de Mileto hasta Solón á Pillacus Philon, etc., unen sus máximas y sus enseñanzas á las máximas y enseñanzas de los poetas. Así se forma poco á poco un código popular que se trasmite fielmente de una generación á otra y en cada siglo acrecienta su autoridad. Este código es cierto, no es una teoría ordenada y grandiosa, está lleno de ideas confusas y contradictorias, se invoca en todas las peripecias de la vida nacional, en todas las luchas de la vida individual y representa la fé de los padres y la gloria venerada de los niños. Esta moral elemental y puramente empírica ha gobernado todo el primer período de la Grecia, se parece á la que nuestros pueblos profesan todavía en sus proverbios. En estos ensayos no encontramos la altura á que se elevara la escuela socrática, ni la austeridad ni el puro desinterés de los estoicos; la prudencia cautelosa juega un gran rol y el interés bien entendido, pero á pesar de esta mezcla y en medio de las oscuridades inherentes á estas primeras manifestaciones la moral no marca en las generaciones nuevas sus lentos desenvolvimientos. Los progresos en la moral se operan por yuxtaposición de verdades no por revolución de teorías, así vemos en una época más avanzada de la historia que si tal escena de Homero ha conservado todo su frescor, su gracia, es porque representa la parte inmortal de nuestro sentimiento. En la Moral aristotélica, en ese estudio sabio é ingenioso cuyas páginas parecen escritas ayer, por ser viva su enseñanza y tan perfecto el modelo; antes que las ciencias de la naturaleza hubiesen determinado su dominio de la manera metódica que las caracteriza hoy, Aristóteles piensa que el hombre no debe buscar en ellas su regla y su objeto. El determinismo aparece como el principio absoluto de fenómenos exteriores á los cuales la humanidad escapa. El hombre difiere del mundo no solamente porque lo puede modificar sino que se puede modificar él mismo y adquirir por el hábito poderes nuevos. Así la moral independiente estaba ya fundada bajo la separación de los dos dominios y sobre el hecho íntimo é irrecusable de nuestra libertad. Ninguna virtud, dice Aristóteles, nace en nos-

otros naturalmente, pues las leyes de la naturaleza no son modificables; una piedra abandonada caerá á la tierra y no ascenderá á las nubes. La virtud al contrario, es el resultado de la voluntad y del hábito cuyo principio es exclusivamente nuestro. El hábito para él es tomado en el sentido de la naturaleza moral adquirido por la voluntad. Aristóteles nos dice que las pasiones no son proscriptas, pero sí temperadas por la sabiduría. Ninguno ha hablado mejor que él de la grandeza del hombre, de la dignidad que confiere el gobierno de sí mismo; ninguno ha proclamado la obligación de una manera más absoluta y nos ha mostrado la moral como principio no sólo del respeto individual, sino como el vínculo y garantía de las sociedades.

Pero al lado de estas verdades que han llegado intactas hasta nosotros, encontramos errores groseros. La familia no comenzó con el cristianismo, existía desde la antigüedad como el fundamento de la ciudad y de la nación y si hacemos abstracción de las costumbres del Olimpo veremos que todo lo que es grande y sano en los lazos que ella consagra pertenece á nuestros días. La fidelidad conyugal por ejemplo, fué comprendida por los antiguos? La dignidad del esposo y bajo sus diferentes aspectos la de la esposa y madre? La matrona romana, la que primero se levantaba en la casa, distribuía el trabajo entre sus esclavas, vigilaba sus conductas, las curaba en sus enfermedades, las gobernaba con la palabra y con el ejemplo, la madre que educaba á su hijo en la tradición nacional la más severa y más pura, y en el culto de los dioses y de la patria; que los preparaba para la vida cívica y de los campos, y le enseñaba á sacrificar sus bienes, su felicidad y su vida por la tierra que los alimentaba y la ciudad que los protegía, no aparece en esta simplicidad, en su grandeza austera como un modelo siempre joven y viviente. Sin embargo, ella podía ser vendida, condenada á muerte según quisiera su esposo. La concepción de una moral más elevada debería transformar su rol. La familia no es solamente hoy una asociación de cuerpos en vista de una transmisión intacta de sangre pura y una raza elegida; es una asociación de sentimientos y de voluntades en vista de un ideal que la nacionalidad no limita y si ella es la piedra fundamental de la patria, trabaja para elevar un edificio más vasto y noble: el de la libertad y de la justicia. Es así como por el progreso del tiempo la moral se enriquece de verdades nuevas sin perder las anteriormente adquiridas.

*La moral y las ciencias positivas.*— Aún cuando las ciencias morales difieren profundamente, como dije al principio, de las ciencias positivas por la naturaleza de su punto de partida y por su objeto directo, sin embargo, las unas y las otras tienen un fin común en la vida humana. El punto de partida de las ciencias morales es subjetivo y su método principal la observación interior. El objeto de las ciencias positivas es recoger la constatación de lo *que es*. El de las morales la determinación de lo *que debe ser*. En el hombre, en efecto, las ciencias positivas están unidas á las ciencias morales determinando el destino humano y las ciencias positivas contribuyendo á su realización. Transformarse á sí mismo y transformar

el mundo según el ideal de la justicia, tal es el problema planteado por la ciencia moral, problema que los descubrimientos de las ciencias positivas permiten resolver al menos, en su generalidad. Es por la ciencia que llegamos á regularizar los grandes fenómenos físicos, á fecundar la tierra y á multiplicar los productos de manera de sojuzgar la vida material á la vida moral y evitar los cataclismos que no solamente diezman las poblaciones sino que las desmoralizan. Es por la ciencia que llegamos á garantizar á los trabajadores con la libertad y la iniciativa individual una equitativa repartición del fruto de sus esfuerzos y que creamos un medio económico para favorecer la igualdad y la beneficencia. Es todavía por la ciencia que generalizamos una enseñanza sólida y fuerte que destruyendo las supersticiones vergonzosas afirmará la conciencia afirmando la razón. Sin embargo, la primera consecuencia de un desarrollo intelectual es á menudo, un estado de discordancia y de división en la conciencia. Pero si la ciencia nace de la vida y conserva siempre conexiones con ella; si además el centro de la vida mental reside no en el dominio intelectual, sino en el sentimiento y la voluntad, el peligro de discordancia entre los individuos, que el desarrollo intelectual parece acarrear, fácilmente disminuye. Y este peligro puede evitarse sin atentar por medio de procedimientos revolucionarios ó reaccionarios á la libertad del movimiento científico. Pero aún cuando las escuelas y los partidos se dividan en bandos opuestos y se combatan; este conflicto puede tener utilidad para el progreso si es algo más que una simple contienda personal. Proviene entonces, ya de que el mismo objeto presenta varias y diversas fases, ya de que cada sabio aporta postulados distintos. En uno y otro caso la formación de partidos podrá tener una acción fecunda. La misma pasión producida por la oposición de los mismos puede aguzar la mirada. De este modo hasta las mismas contiendas personales pueden volverse fecundas.

Por otra parte, la cultura intelectual contribuye también á asociar á los individuos, no solo induciendo á los investigadores á ejercer en común sus esfuerzos y sus ideas, sino provocando también la fundación de establecimientos de instrucción. La historia nos muestra hermosísimos ejemplos de libre formación de sociedades. En la antigüedad griega bastaba para la formación de escuelas filosóficas que algunos jóvenes se reuniesen en torno de un pensador que había excitado su interés. Las universidades nacieron en la Edad Media por medio de la libre reunión de hombres deseosos de instruirse; la palabra «Universidad» designa, como es sabido, una asociación ó corporación de profesores y de estudiantes. Si la escuela está organizada y dirigida con espíritu verdaderamente científico, la influencia que ejercerá será de unión y de concordia. Los jóvenes de todas clases y de todas las condiciones podrán alternar en ella y contraer vínculos fraternales. Para esto es preciso que no reine en la escuela ninguna tendencia especial, política ni religiosa. Desde el momento en que empiezan las divergencias políticas y religiosas, la educación se convierte en asunto de hogar. La escuela solo debe dar la educación que resulta de la cultura científica. De este modo las creencias de la naturaleza contribuyen á su manera á crear un

medio que preserva, desarrolla y honra la persona humana. Se puede decir que cada victoria de la ciencia se convierte en una victoria de la moral. La moral, es cierto, vive independientemente de las ciencias de la naturaleza en tanto que empieza en el individuo, pero no se desarrollaría en el medio de la actividad humana sin los medios que la convierten en maestra de este medio y sus instrumentos son las ciencias de la naturaleza. Las relaciones que ligán la ciencia á la moral son las del medio al fin. La moral determina el principio de la vida humana y las ciencias contribuyen á su realización.

*La moral y el sentimiento religioso.*—Como dije precedentemente, es preciso que la moral se edifique sobre el menor número posible de postulados. No debe pretender ocupar un sitio completamente aparte en el conjunto de las ciencias ni aspirar á quebrantar los principios, los resultados y las hipótesis establecidas en las demás ramas del saber. Pero la vida religiosa tal como se ha desarrollado en el género humano, se ha unido á opiniones y á dogmas productores de un conflicto renovado incesantemente entre ella y la ciencia. Pudiera así, parecer que la moral está destinada á no tener relaciones con el sentimiento religioso sino al modo de las que se mantienen con un fenómeno puramente histórico, con una potencia extraña con la cual, por su naturaleza y por sus postulados, no tiene ningún lazo de parentesco. Esta conclusión, no obstante, sería en extremo precipitada. Efectivamente, las ideas morales han constituido una parte esencial del fondo de las religiones positivas. Por otra parte, cabe preguntarse si desde el punto de vista en que la moral se coloca, no se observaría la posibilidad de un sentimiento que aún cuando no quisiéramos mencionarlo estaría, no obstante, emparentado con el sentimiento religioso tal como se manifiesta en las religiones positivas superiores. Por sentimiento vital se entiende en psicología, el sentimiento de placer ó de dolor que corresponde al curso de la vida orgánica en nosotros mismos. El sentimiento vital se extiende y está determinado por el curso de la vida y del mundo, creándose un sentimiento de la vida cósmica, análogo al sentimiento de la vida orgánica que se distingue de éste por su contenido intelectual, compuesto de todas las experiencias adquiridas y de todas las ideas formadas en nosotros por el curso de las cosas. Este sentimiento supone una concepción del mundo, pero aún cuando se quiera calificarlo como religioso, no hay necesidad por esto de fundar ninguna Iglesia, ni de establecer culto alguno, ni siquiera de apoyarse en un dogma cualquiera. La sociedad á la cual este sentimiento da vida es la más libre de todas las sociedades. Su Iglesia es la vasta extensión de la misma naturaleza, su culto el trabajo, la vida común con los hombres y con la naturaleza, la vida por la ciencia y por el arte. Por otra parte, mientras para la ciencia el problema de nuestro destino sea un problema no resuelto, la especulación será libre. En presencia de la grandeza y melancolía de lo desconocido que se abre delante de nosotros con la muerte, el hombre conserva la esperanza en un mundo invisible, en el que su sed inextinguible de vida, de justicia, de inteligencia y felicidad, encuentra una realidad inagotable. La re-

ligión encerrada en estos límites no está en oposición con el principio de la moral independiente, principio que no la ha atacado jamás en su fundamento psicológico. El alma piadosa unirá siempre al orden de los hechos religiosos el de los hechos morales. Pero este vínculo subjetivo no tiene nada del despotismo del dogma. Es una revelación interior, personal que se comunica, que se inspira, pero que no se impone. Para el alma piadosa la conciencia guiada por la revelación interior se eleva de la moral á la religión; la moral no recibe de la religión más que su fórmula.

*La moral y la pedagogía.*— Ni al niño ni al adulto les conviene considerar la obediencia como la más elevada virtud. La obediencia no tiene valor alguno por sí misma: sólo es un medio. Es necesario que el niño aprenda á obedecer, de lo contrario, ignoraría lo que es libertad completa. Si el niño se aproxima á un abismo, sin darse cuenta del peligro, solamente podrá salvarle la obediencia á la voz que le advierte. Hasta que el niño adquiere personalidad propia necesita ver aprobada su conducta por aquellos á quienes ama; sobre todo, esta necesidad produce, por evolución gradual, la satisfacción de sí mismo y por consiguiente la independencia moral. El niño tiene una conciencia exterior de su yo, antes de poseer una dentro de sí mismo. Pero la obediencia y la confianza hacia los demás, no conducen á la convicción personal sino porque encaminan á la acción. La manera espontánea é instintiva con que imita la conducta de las personas mayores, la fogosidad con que penetra en todas las sendas que se abren á su violenta necesidad de emplear sus jóvenes fuerzas, pueden tener las mismas consecuencias que la obediencia consciente. Sin que el niño lo note, créanse de este modo precedentes que determinan el porvenir y suministran una base mejor que las exhortaciones y las amenazas, las recompensas y los castigos. Cuando llegue el momento en que comprenda los mandatos y las exhortaciones, se encontrará con que ya ha obedecido, y tal es, á decir verdad, la única manera de poder comprenderlos bien. Así como por los modernos métodos para la enseñanza de las lenguas, se empieza no por las reglas gramaticales, sino por ejercicios prácticos, del mismo modo deberíase, en la moral práctica, comenzar también no por las reglas, sino por el ejercicio de las facultades. La importancia de la educación inconsciente no es menor que la de la consciente. Hay, en efecto, pensamientos y sentimientos que solo una actividad previa hace posible. Los niños atraviesan por un período mitológico análogo al que la especie humana ha recorrido; es necesario dejárselo recorrer tranquilamente y conviene que se desprendan por sí mismos de este período. Este lo olvidan á menudo los educadores dogmáticos y anti-dogmáticos. Del propio modo que los misioneros representan á menudo implacablemente las creencias de los paganos como obra del demonio, así mismo, los padres escrupulosos arrancan con frecuencia las ideas mitológicas que crecen libremente en el cerebro de sus hijos, porque no concuerdan con el catecismo. Por otra parte, los libre pensadores creen comúnmente que el amor á la verdad les obliga á impedir en absoluto que se desarrolle toda idea mito-

lógica en el niño. Si la confianza en sí mismo y la actividad personal puede abatir una crítica harto precoz, lo serán naturalmente mucho más todavía, si se infunde sistemáticamente al niño la idea de que no debe fiar en su sentido personal ni en su razón propia, sino aprender á refrenar so pretexto de que lo que debe ser creído no es susceptible de ser comprendido. No es posible que una educación conducida con espíritu moral atribuya valor absoluto á ninguna incredulidad. Formar un carácter firme y verdaderamente personal, sentimientos profundos y sanos, inteligencia vigorosa y clara, he aquí el fin que dicha educación se propone, y en comparación de este fin todas las divergencias confesionales tienen efímera importancia. Lo que debe resultar de la educación no es un ser que crea ó deje creer, sino un hombre.

*La moral y la legislación escolar.*—En lo que concierne á la concepción religiosa de la vida, el Estado puede contribuir al libre desenvolvimiento de las diversas doctrinas espirituales en el pueblo; pero debe dejar á la libre incumbencia de las familias decidir en cuál de estas doctrinas hay que orientar la vida religiosa del niño. Los establecimientos públicos de instrucción deberían, pues, acercarse en cuanto fuese posible, al laicismo, pero desgraciadamente no ocurre así. En Bélgica, por leyes del 84 y 95 la religión y la moral son enseñadas por sacerdotes y existen inspectores eclesiásticos nombrados por el jefe del clero. En Suecia, por ley del 97 la instrucción debe comenzar con la oración y el canto. Noruega va aún más allá, excluye de las funciones de institutor al que no profesa el culto oficial. Solo dispensa esa enseñanza á los niños católicos. En Prusia y Austria los alumnos se separan según su confesión. En Italia los niños son admitidos sin distinción de cultos pero el personal no es exclusivamente laico. La enseñanza no es obligatoria en principio, pero lo es para los niños cuyos padres la solicitan. El nuevo reglamento establece que cuando se solicita la enseñanza religiosa, deberá darse por el maestro común si es idóneo y en caso contrario por personal idóneo, reconocido como tal por el Consejo Escolar. Por ley Casati de 1859 se había declarado obligatoria la enseñanza religiosa. La ley de 1896 la abolió en las Escuelas Normales. En Francia, recién en 1886 se proclamó definitivamente la laicidad. La enseñanza filosófica de la moral se considera actualmente como uno de los elementos esenciales de la instrucción pública en todos sus grados. Con excepción de Estados Unidos, Francia, Japón, etc., la laicidad retrocede. En este último país se estableció por ordenanza ministerial de 1899. «La educación, dice el referido decreto, debe ser independiente de la religión y ninguna instrucción religiosa debe darse en las escuelas, ni aún fuera de los cursos regulares. En el rescripto imperial de 1890, que es como el catecismo escolar del Japón, se proclaman los principios de la moral natural y como fundamento de ésta una devoción absoluta á la dinastía y el respeto á los antepasados. El pueblo japonés no es religioso y esto no ha impedido que afronte serenamente la muerte por su país, é informe su conducta en los más altos ideales. Se protegen todas las escuelas, cualesquiera que fuere su culto. De los paí-

ses americanos, Méjico, Brasil, Uruguay, tienen la enseñanza laica. Entre nosotros ha predominado el plan confesional de Funes durante la mitad del siglo pasado, siendo obligatorio el estudio de la religión en todos los institutos de educación. En 1865 la Universidad de Buenos Aires recibió algunas inspiraciones liberales con Mantegazza, Ramorino, Rosetti. La Constitución Nacional no impone la enseñanza laica. Este punto queda librado á la ley. El argumento más poderoso de los que preconizan la enseñanza de la religión en las escuelas, es el de que ésta constituye una fuerza moral, un elemento de educación que no puede negligirse si el Estado se propone no solo instruir sino también educar. Pero si existe como he dicho, una moral independiente de toda religión dogmática; si la distinción entre hacer el bien y el mal es una ley de la naturaleza humana, éste argumento pierde todo su valor. Diré con Paul Bert que en una escuela donde no se enseña religión se puede enseñar moral. Un maestro diría por ejemplo al discípulo: Tú no mentirás en nombre de tu dignidad, porque la mentira te degradará ante tus propios ojos y ante la opinión de tus semejantes. El sacerdote diría á su vez al discípulo: Tú no mentirás porque Dios lo ha prohibido, porque se lo entregó así escrito á Moisés en las tablas de la ley, porque si mientes serás condenado, etc., etc. Nada hay menos moral como yo he dicho anteriormente, que hacer el bien por miedo ó temor al castigo. Obrar así no es obrar conforme á la ley moral, no es más que un culto supersticioso. Es necesario evitar que por sectarismos de escuela esa falsa idea se aloje en el alma del niño. La moral no puede consistir en la mera aplicación á la vida de los dogmas, misterios, ceremonias y ritualismos de una religión, sino en algo que es superior á las formas externas y simbólicas de un culto. Por otra parte, si el objeto de la escuela es, como dice Diesterweg, formar el hombre en el hombre y no el individuo de una iglesia ó el de un partido; si la educación ha de propender hacia lo que congrega y une y no hacia lo que divide y separa, es natural que la enseñanza de una religión dogmática debe proscribirse de la escuela. La escuela ha de formar hombres y preparar ciudadanos, pero de ninguna manera catecúmenos y sectarios. En los colegios nacionales fundados desde Caseros, la moral ha formado parte de la filosofía. Se trataba de una fracción de disciplina, en la que enumeraba el conjunto de las obligaciones del hombre para consigo mismo, la sociedad y Dios. Es quimérica la empresa de enseñar la moral por preceptos. Sin embargo, este ha sido el método que se ha seguido. Esta no debe considerarse materia teórica sino esencialmente educacional. Por ella se trata de enseñar la manera de formar hábitos útiles y loables en la mente del niño; una voluntad firme y tenaz como dice Diesterweg; de todo lo que es honrado, hermoso, verdadero y bueno; el esfuerzo perseverante é incansable de alcanzar la rectitud y la moralidad. Poco á poco ha de irse despertando en el niño las ideas madres de la vida, las grandes é inmortales ideas de la patria, abnegación, justicia, caridad, etc.

El fin de la educación es formar la humanidad, cultivar al hombre en el hombre, dar á la vida la unidad, solidez, que le permitirán

proseguir con firmeza su camino en medio de las agitaciones tumultuosas que la asedian. Felizmente para la educación nacional, la enseñanza teórica de la moral no se hace ya en las escuelas. Por otra parte, la orientación científica que está tomando la enseñanza en nuestro país hace que ésta sea más sólida y fuerte y destruyendo las supersticiones vergonzosas afirmará la conciencia afirmando la razón. La escuela como ya dije, debe dar la educación que resulta de la cultura científica. Se puede asegurar que cada victoria de la ciencia se convierte en una victoria de la moral. Es necesario también fortalecer en el corazón del niño el amor á la patria. Es preciso, decía Michelet, que la patria sea sentida en la escuela. Con ese fin se debe hablar á los niños de las glorias nacionales, recoger piadosamente y presentar á la admiración de la juventud los actos grandiosos de la abnegación y sacrificios realizados á la sombra de la bandera.

De todo lo expuesto se infiere: I. Que existe una moral independiente de toda religión dogmática ó revelada. (Entiéndase bien que digo de toda religión dogmática pero no del sentimiento religioso). —II. Que es la religión la que se deriva de la moral y no la moral de la religión. —III. Existe una moral que vive en la especie y que es una condición de salud y de fuerza de la vida humana. Esta moral real y activa de la vida se ha llamado moral positiva. —IV. La razón no aspira más que á ser firme puntal de ella, desarrollarla y completarla. —V. Los progresos de la moral se operan por juxtaposición de verdades y no por la revolución de teorías. —VI. Está íntimamente relacionada con las ciencias positivas. Las relaciones que ligan la ciencia á la moral, son las del medio al fin. La moral determina el principio de la vida humana y las ciencias contribuyen á su realización. —VII. Debe enseñarse no por reglas sino por el ejercicio de las facultades. —VIII. Los establecimientos públicos de instrucción deben ser laicos. —IX. En una escuela donde no se enseña religión se puede enseñar moral. —X. Nada hay menos moral que hacer el bien por miedo ó temor al castigo. —XI. Esto no obstante, en la mayor parte de las naciones europeas la enseñanza es religiosa. —XII. En nuestro país lo fué hasta mediados del siglo pasado. —XIII. La enseñanza preceptiva de la moral se ha desterrado de nuestras escuelas. —XIV. Hoy se considera materia educacional. —XV. La orientación científica que se está dando á la enseñanza en nuestro país hace que ésta sea más sólida y fuerte. —XVI. Es preciso que la patria sea sentida en la escuela.

EVANGELINA AYARRAGARAY.